

## MAURICE BARRÈS Y ESPAÑA

---

Pedro Carlos González Cuevas  
UNED

### Introducción

La III República francesa nació en circunstancias muy desfavorables. A la derrota ante Prusia y la consiguiente pérdida de Alsacia y Lorena, se sumó la represión de la Comuna de París, la política anticlerical y secularizadora de los gobiernos republicanos, las crisis económicas y los escándalos financieros. Todo lo cual hizo al nuevo régimen claramente vulnerable ante cualquier iniciativa de tipo plebiscitario o antiparlamentario, como el movimiento acaudillado por el general Boulanger, finalmente fracasado por los errores de su líder, que acabó suicidándose. Al mismo tiempo, se produjo una clara modificación del clima intelectual y moral. Los años finales del siglo, marcados por el positivismo de las elites republicanas, se caracterizaron por una reacción contra el dogmatismo exclusivo de la ciencia, en nombre de la filosofía de la vida y de la acción. En esa crítica al cientificismo, destacaron otros autores como Henri Bergson, cuyos cursos en el Colegio de Francia fueron un acontecimiento de importancia considerable por su crítica al racionalismo positivista. A esta ofensiva antipositivista se unieron otras corrientes de pensamiento y de arte, como el simbolismo, el decadentismo, el pujante nihilismo nietzscheano, etc. Frente a la razón formal del positivismo, lo irracional resurgía<sup>1</sup>. En ese contexto, el llamado affaire Dreyfus acabó por convertirse en una especie de «mito fundador» para los sectores republicanos<sup>2</sup>. El affaire dividió a la sociedad francesa; y supuso la movilización de los intelectuales de distin-

---

<sup>1</sup> H. Stuart Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*. Madrid, 1972. John W. Burrow, *La crisis de la razón. El pensamiento europeo 1848-1914*. Barcelona, 2001.

<sup>2</sup> Véase Michel Winock, *La France politique. XIX-XX siècle*. París, 2003, pp. 151-165.

to signo político. Los dreyfusards, representados por el Partido Radical y la Liga de los Derechos del Hombre, clamaron por la revisión del proceso; mientras que los antidreyfusards, con la Liga de la Patria Francesa y la Liga de Patriotas, defendieron al Ejército y denunciaron las presiones del «sindicato judío» sobre los jueces<sup>3</sup>. Como es sabido, el affaire se saldó con la derrota de los sectores nacionalistas y conservadores y la victoria de los republicanos de izquierda, que lograron consolidar el régimen parlamentario y la separación de la Iglesia y el Estado. Sin embargo, al lograr el triunfo del parlamentarismo, el affaire Dreyfus de ningún modo erradicó a los detractores de la III República o a los defensores del nacionalismo conservador, cuya influencia en la sociedad francesa continuó siendo considerable. Por el contrario, los excesos de los vencedores iban a servir a sus enemigos. El nacionalismo conservador tendría singular trascendencia en el posterior desarrollo de la vida política francesa. Así se vería finalmente en 1914.

La obra y la trayectoria política de Maurice Barrès resulta inexplicable fuera de este contexto político e intelectual. Su teorización de un nuevo nacionalismo conservador fue un intento de articular una alternativa político-cultural a las instituciones de la III República. Fue asimismo un gran hispanófilo. Su interpretación de la historia y de la realidad españolas, heredera de la tradición romántica, resultó ser igualmente el reflejo de su visión pesimista de la situación francesa. Barrès creyó ver en España a una nación resistente al proceso de racionalización económica y burocrática que, a su juicio, amenazaba a Francia. Su obra tuvo, como tendremos oportunidad de ver, una cierta repercusión entre la élite intelectual española; pero más a nivel estético y literario que propiamente político.

## 1. Nacionalismo, relativismo y literatura

Nacido en 19 de agosto de 1862, en Charnes, pequeña localidad de los Vosgos, Maurice Barrès<sup>4</sup> asistió, a la edad de ocho años, a la ocupación por las tropas prusianas de su región natal. Sus padres, notables de la ciudad, se vieron obligados, a los largo de tres años, a dar albergue a un militar alemán; algo que marcó vivamente al joven Barrès, alimentando

<sup>3</sup> Pierre Miquel, *El caso Dreyfus*. México, 1988.

<sup>4</sup> Sobre Barrès, véase, Albert Thibaudet, *La vie de Maurice Barrès*. París, 1921. Pierre Boisdeffre, *Maurice Barrès*. París, 1962. Jean Marie Domenach, *Barrès par lui-même*. París, 1969. Zeev Sternhell, *Maurice Barrès et le nationalisme français*. París, 1972. François Broche, *Maurice Barrès. Biographie*. París, 1987.

un sentimiento hostil hacia la nación alemana<sup>5</sup>. Después de sus estudios de Derecho y Letras en Nancy, se instaló, a los veintiun años, en París, donde comenzó a colaborar en diversas revistas literarias. Avido lector de Stendhal, Nietzsche, Schopenhauer, Stirner, Renan, Taine, Leconte de Lisle, Victor Hugo, Augusto Comte, Anatole France, Pascal, los simbolistas y decadentistas, los comienzos de la vida intelectual de Barrès se caracterizaron por un profundo nihilismo; fue quizá el representante más extremo, junto a Gabriele D'Annunzio, del anarquismo intelectual finisecular. Su obra viene marcada por un claro inconformismo, que delatan los títulos de sus primeras obras literarias, deliberadamente provocadores: *El culto del yo*, *El enemigo de las leyes*, *Un hombre libre*. Para el joven Barrès, sólo existía una realidad tangible: el «yo»<sup>6</sup>. A partir de su afirmación egotista, los valores tradicionales eran rechazados: «Nuestra moral, nuestra religión, nuestro sentimiento de nación son cosas hundidas». El mundo carecía de «reglas de vida»; y el «yo» era el creador de toda realidad, de toda verdad; pero no era «inmutable: debe defenderse cada día y cada día crearse»<sup>7</sup>. La tensión entre el «yo» y el mundo exterior se realiza en el enfrentamiento con los «no-yo», con los que Barrès denomina «bárbaros». El «bárbaro» es todo aquel que desafía al «yo» y su voluntad, «sea la clase vulgar o la élite, cualesquiera fuera del yo no es más que bárbaro»<sup>8</sup>. De la misma forma, manifestó «su repugnancia frente las condiciones nuevas de nuestra vida francesa, donde el funcionarismo, la especialización y la dominación exclusiva del dinero acentúan cada día su progreso»<sup>9</sup>.

Pronto, sin embargo, el joven Barrès iba a abandonar esa perspectiva anarcoaristocrática y estetizante, para embarcarse, a partir de abril de 1888, en la política nacionalista, al lado del general Boulanger. Barrès conoció a Boulanger y se lanzó a la vida política, logrando rápidamente su primer éxito, al ser elegido diputado boulangista, por Nancy. Al mismo tiempo, colaboró en revistas y periódicos como *Le Courrier de l'Est* y *La Cocarde*, junto a otros intelectuales de distinto signo y procedencia ideológica unidos en torno al nacionalismo. La epopeya boulangista terminó trágicamente, pero Barrès dedicó al general una de sus primeras obras, *L'Appel au soldat*, una clara apología de la tentativa de tomar el poder por parte de Boulanger y de la idea de una «monarquía republicana». Para Barrès,

<sup>5</sup> François Broche, *Maurice Barrès. Biographie*. París, 1987, p. 31.

<sup>6</sup> Sobre este tema, véase Emmanuel Godo (dir.), *Ego scriptor. Maurice Barrès et l'écriture de soi*. París, 1997.

<sup>7</sup> Maurice Barrès, «Le Culte du Moi» (1888), en *Romans et voyages*. París, 1994. *Un homme libre*. Valencia, 1907, p. 31.

<sup>8</sup> Maurice Barrès, *Sous le soleil des barbares*. París, 1888, p. 141 y 161.

<sup>9</sup> Maurice Barrès, *Taine y Renan*. París, 1922, p. 108.

Boulangier no tuvo «ninguna doctrina»<sup>10</sup>. Y la situación francesa exigía «suscitar un poder intelectual para orientar los destinos nacionales». Y es que Francia se encontraba, a su juicio, «disociada y descerebrada, es decir, no une sus fuerzas y carece de dirección»<sup>11</sup>. A partir de tales experiencias, Barrès se convirtió en el teorizante de una nueva forma de nacionalismo. Barrès llegó a la teorización del nacionalismo siguiendo su propio esquema intelectual, a partir del análisis de su «yo». Barrès necesitó buscar un asidero sólido a la angustia de lo efímero y banal de la existencia individual. El hallazgo de ese fundamento fue consecuencia de una revelación sentimental, que consiste en reconocerse limitado por unas realidades superiores, que trascienden a «mi mezquina vida»<sup>12</sup>. Barrès fue, desde su juventud, admirador de Taine y su método de análisis positivo de la inteligencia y de la sociedad. Ahí encontró los fundamentos de su nueva actitud. La quiebra de la subjetividad, de la razón autónoma para guiar la conducta humana en la vida se convierte en el dogma fundamental del nacionalismo barresiano. El determinismo de Barrès es un determinismo psicológico, naturalista. El hombre viene al mundo como heredero y carece de capacidad para crear un mundo diferente al legado de sus antepasados. La psicología humana no sólo refleja el medio, sino que implica una forma de comportamiento. El hombre es un mecanismo determinado por su pertenencia a una colectividad dada. No aparece nunca como un ser aislado, sino que es producto del medio, del clima, de un estado general del espíritu y de las costumbres. Así, el individuo se encuentra «ligado a sus antepasados muertos, por el trabajo de los individuos y los sacrificados que le han precedido, como la piedra es el conglomerado por el martillo que ha formado el trabajo de los estratos sucesivos»<sup>13</sup>. La nación, por ello, no podía considerarse como un mero agregado de individuos; era un fruto de la historia en la cual se revelan las leyes que deben obedecerse, y que indica los criterios de comportamiento. La nación queda definida, según la fórmula barresiana, por «la Tierra y los Muertos»<sup>14</sup>. La nación no se identificaba con una raza particular; tampoco con una religión en concreto. Barrès consideraba el catolicismo como un elemento importante de la tradición nacional; pero percibió que la progresiva secularización de la sociedad francesa hacían ya imposible cualquier proyecto de unidad religiosa: «Yo he devuelto mi piedad del cielo a la tie-

<sup>10</sup> Maurice Barrès, «L'Appel au soldat» (1902), en *Romans et voyages*. París, 1994, pp. 835 ss, 1031 ss.

<sup>11</sup> Maurice Barrès, «L'Affaire Dreyfus», en *Scènes et doctrines du nationalisme* (1902). París, 1984, pp. 56 y 72. *Los desarraigados* (1897). Madrid, 1996, pp. 280-282.

<sup>12</sup> Maurice Barrès, *El Culto del Yo. Un hombre libre*. Valencia, 1904, p. 17.

<sup>13</sup> Maurice Barrès, «Nationalisme, déterminisme», en *op. cit.*, p. 20.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 12.

rra, a la tierra de los muertos»<sup>15</sup>. En gran medida, Barrès, como Maurras, transfirió los atributos divinos a la nación como sujeto cultural y político. Aunque lector apasionado de Pascal y absorto en la meditación sobre la muerte y sensible a la dimensión estética de la liturgia católica, Barrès no era creyente; y no pocas de sus obras, y en particular *La colina inspirada* o *El jardín sobre el Oronte*, consternaron a la opinión católica de su época, dado su fondo pagano y su insistencia en las fuerzas instintivas, eróticas y telúricas. Como señaló Mario Praz, Barrès fue un romántico tardío, fascinado por la decadencia, los amores incestuosos y la muerte<sup>16</sup>. La valoración que hizo del catolicismo fue en buena medida estética y política. Su defensa de las órdenes religiosas no era sólo consecuencia de sus simpatías o de sus reflexiones íntimas, sino de cálculo político. En concreto, las órdenes católicas podían favorecer en el exterior la influencia cultural y política de Francia<sup>17</sup>. Y consideraba que el catolicismo proporcionaba «a las naciones una disciplina moral que hasta ahora nadie ha podido extraer de la ciencia»<sup>18</sup>. Barrès se mostraba partidario de una síntesis de todas las tradiciones francesas, desde la revolucionaria a la bonapartista, pasando por la monárquica y católica, la clásica y la romántica, de «todas estas Francias en fin que, con una prodigiosa movilidad, van en excesos contradictorios, proceden del mismo fondo y tienden al mismo fin»<sup>19</sup>.

La consecuencia última de la lógica barresiana era el relativismo. De alguna manera, el individuo, como producto social, determinado por el medio, es incapaz, por su propia naturaleza, de desprenderse de toda una visión del mundo o de los presupuestos morales que han heredado de sus ancestros. Y, en ese sentido, plantear la posibilidad de una verdad y de una moral universales no pasaba de ser una peligrosa abstracción. Verdad y moral sólo podían contemplarse desde una postura necesariamente parcial, basada en los supuestos del interés nacional; lo fundamental era la defensa de «la verdad y la justicia francesas»<sup>20</sup>.

A partir de tales supuestos, su participación en el affaire Dreyfus fue de una coherencia total. Y pronto se convirtió, junto a Charles Maurras,

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 13-14.

<sup>16</sup> Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*. Barcelona, 1999, pp. 695-712.

<sup>17</sup> Maurice Barrès, *La Grande Pitié des églises de France*. París, 1914. *Faut-il autoriser les congregations. Les frères de écoles chrétiennes, les Pères Blancs, les Missionnaires africains de Lyon, les Missionnaires de Levant, les Franciscans*. París, 1924, p. 23, 24, 57-58.

<sup>18</sup> Maurice Barrès, *Los desarraigados* (1897). Madrid, 1996, p. 352.

<sup>19</sup> Maurice Barrès, «L'Affaire Dreyfus», en *Scènes et doctrines du nationalisme* (1902). París, 1994, pp. 63-64.

<sup>20</sup> Maurice Barrès, «Nationalisme, déterminisme», en *op. cit.*, p. 15.

en el líder intelectual de las sectores antirrevisionistas y antidreyfusards. Barrès colaboró en Liga de la Patria Francesa<sup>21</sup>. A su entender, Alfred Dreyfus era, ante todo, un símbolo; y poco importaba, desde una perspectiva estrictamente política, si era inocente o culpable de los cargos de alta traición que se le imputaban. El problema no era él, sino los revisionistas dreyfusianos, que, con sus ataques al Ejército, ponían en peligro la propia existencia de la nación, su independencia. De ahí su célebre y conocida crítica a los intelectuales partidarios de Dreyfus. Barrès acusaba a estos intelectuales de ser «logiciens de l'absolu»; los campeones de un pensamiento abstracto, ahistórico. Los intelectuales eran un grupo social que estaba «persuadido de que la sociedad debe fundarse sobre la lógica y que desconoce que ella reposa de hecho sobre necesidades anteriores y quizá extrañas a la razón individual». Su principal representante, y objeto de sus iras, era Emilio Zola, que se había distinguido en su lucha por la revisión del proceso, con su célebre artículo *J'Accuse*. Barrès, en consecuencia, le negó su condición de francés. Zola era «un hombre, pero no un francés»<sup>22</sup>.

En sus campaña antidreyfusard, Barrès atacó a protestantes y judíos. No se trataba de una mera defensa del catolicismo. Desde su perspectiva relativista, se estaba ante una cuestión política, no de la búsqueda de una «religión más razonable»; porque, de nuevo, lo que se encontraba en litigio era el interés nacional, ya que el protestantismo podía reducir la influencia francesa en Alsacia y Lorena, favoreciendo la ocupación alemana<sup>23</sup>. Con respecto a los judíos, Barrès los presentaba como un pueblo refractario al trabajo manual, al esfuerzo. El judío era «un mercader de hombres o de bienes, en caso de necesidad usurero». Además, los judíos eran un sector abiertamente cosmopolita, ajeno a la identidad francesa<sup>24</sup>.

Frente a los intelectuales y los sectores dreyfusistas, Barrès exaltaba como figuras ejemplares y carismáticas al nacionalista marqués de Morès, mano derecha del periodista antisemita Eduard Drumont; al general Gallieni, colonizador de Madagascar; al general Marchand, célebre por sus expediciones a Africa y víctima del conflicto de Fachoda con Inglaterra; todos ellos prototipos de un genuino patriotismo francés<sup>25</sup>. Y, sobre todo, a

---

<sup>21</sup> Jean François Rioux, *Nationalisme et conservatisme. La Ligue de la Patrie Française 1899-1904*. París, 1977, pp. 11 ss. Ory-Sirinelly, *op. cit.*, p. 32 ss.

<sup>22</sup> Barrès, *Scènes...* pp. 35, 38, 42, 45.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>25</sup> Maurice Barrès, «Quelques bonnes figures», en *Scènes et doctrines du nationalisme* (1902). París, 1984, pp. 229-269.

Napoleón, auténtico «profesor de energía» para el conjunto de los franceses. A su lado, Victor Hugo<sup>26</sup>.

El nacionalismo barresiano tuvo un acusado sesgo populista. Cuando se presentó a diputado por Nancy, en 1900, se autodenominó candidato republicano-socialista-nacionalista. Y es que, a su juicio, nacionalismo y socialismo eran, a veces, sinónimos o, por lo menos, aliados: «El nacionalismo engendra necesariamente el socialismo: mejora material y moral de las clases más numerosas y más pobres»<sup>27</sup>. Los grandes enemigos de la nación eran no sólo los intelectuales desarraigados, sino «la feudalidad financiera» y «los grandes barones de la industria», que formaban una «terrible plutocracia exótica», compuesta por la alta banca de origen protestante y judío, al lado de los «explotadores franceses que siguen el ejemplo forjado por el genio judío»<sup>28</sup>. Para contrarrestar esa influencia, el programa barresiano se basaba en los supuestos de «Nacionalismo, Proteccionismo y Socialismo». Barrès denunciaba la inseguridad del obrero francés, lo mismo que la de los sectores de las clases medias y de la burguesía. Y propugnaba medidas para «asegurar la unidad de todos los franceses»: proteccionismo económico; primacía de los nacionales a la hora de ocupar los trabajos públicos; cajas de pensiones para los trabajadores; reforma de los impuestos; organización del crédito agrícola; libertad de asociación; desarrollo de la instrucción pública; revisión del texto constitucional para «dar al sufragio universal su plena y entera soberanía, sobre todo en el referéndum municipal», etc.<sup>29</sup>. Al mismo tiempo, Barrès, enemigo del centralismo jacobino, propugnaba el refuerzo del poder regional, anteriormente provincial. El ejemplo a seguir sería Suiza, modelo de república federal: «Autonomía comunal y regional en la unidad nacional, es la única solución y la mejor transición»<sup>30</sup>.

Los temas de sus novelas de «energía nacional» son una proyección explícita de sus tesis y campañas políticas. En *El Jardín de Bérénice*, Philippe, el protagonista, descubre el alma de la raza a través de su relación con Bérénice, criatura instintiva, arraigada en la tradición de su tierra natal. Philippe se haya inserto en el típico conflicto barresiano, entre el «yo» y el medio. Su contacto con Bérénice le reconcilia con la tradición de la patria, logrando arraigarse en el medio definido por la tierra y los muertos<sup>31</sup>. *Al servicio de Alemania*, narra la historia de un médico alsaciano que se niega

<sup>26</sup> Maurice Barrès, *Los desarraigados* (1897). Madrid, 1996, pp. 268-269 y 452.

<sup>27</sup> Maurice Barrès, «Le programme de Nancy», en *Scènes...*, pp. 311-312.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 316-318.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 306-308, 327-328.

<sup>30</sup> Maurice Barrès, «Notes sur les idées fédéralistes», en *op. cit.*, pp. 341-342, 348 ss.

<sup>31</sup> Maurice Barrès, «Le Jardin de Bérénice», en *Roman et voyages*. París, 1994, pp. 189-257.

a huir de su tierra natal invadida por Alemania; y hace el servicio militar en un regimiento germano, saliendo finalmente de ese ambiente hostil tan alsaciano y francés como el primer día. La misma trama nacionalista puede percibirse en *Colette Baudoche*, una joven alsaciana que acepta contraer matrimonio con un profesor alemán; pero que, al asistir a una misa en sufragio de los soldados franceses caídos en defensa de Metz, las almas de los muertos se le aparecen; y tras esa experiencia, a la salida de la catedral, la joven se niega a casarse con su novio<sup>32</sup>. Más ambiciosa e importante fue otra de sus novelas, *Los desarraigados*, obra dedicada a Paul Bourget, donde critica la moral impartida en los institutos franceses durante III República. Uno de los personajes, Paul Bouteiller, era el representante del profesorado republicano formado en el kantismo; un hombre capaz de seducir, con sus buenas maneras, al conjunto de su alumnado. Para Barrès, la moral kantiana impartida en las escuelas era un instrumento de desarraigo y alienación. Esa moral tenía como consecuencia la supresión de «la conciencia nacional, es decir, el sentimiento de que exista un pasado del propio cantón natal y el placer por ligarse a este pasado más próximo»<sup>33</sup>. El destino ulterior de los siete protagonistas centrales de la novela, todos jóvenes formados por Boutelier, está en función de su capacidad para apartarse o no de sus enseñanzas perjudiciales.

Pese a su enemiga hacia la III República, Barrès nunca fue monárquico. Cuando Charles Maurras le propuso militar en *L'Action française* y que colaborase en la restauración de la Monarquía tradicional, Barrès respondió que los monárquicos en Francia eran muy poco numerosos, que no existía una auténtica aristocracia, y que la Revolución y la III República eran ya hechos consumados<sup>34</sup>. Con todo, Maurras consideró a Barrès uno de los padres del nuevo nacionalismo francés. Sus artículos en el *Figaro* y el *Journal*, su revista la *Cocarde*, inauguraron una campaña en favor de la nación francesa. Su novela *Los desarraigados* aportaba, a juicio de Maurras, «una primera solución», el provincialismo; y una política de autoridad, en *L'Appel au soldat*. No obstante, el provenzal acusaba a Barrès de inconsecuencia política<sup>35</sup>.

A pesar de la derrota política de los sectores antidreyfusards, Barrès consolidó su posición intelectual y política. En 1906, fue elegido miembro

<sup>32</sup> Maurice Barrès, *Al servicio de Alemania. Colette Baudoche*. Valencia, 1918.

<sup>33</sup> Maurice Barrès, *Los desarraigados* (1897). Madrid, 1996, pp. 106 y 119.

<sup>34</sup> Inserto en Charles Maurras, *Encuesta sobre la Monarquía*. Madrid, 1935, p. 303.

<sup>35</sup> Charles Maurras, *Encuesta...*, pp. 664-670. Véase también Henri Massis, *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras*. Madrid, 1956, pp. 79-110. Y *La République ou le Roi. Correspondance inédite 1883-1923. Correspondance Barrès-Maurras*. París, 1970.

de la Academia, en sustitución del poeta franco-cubano José María Heredia, leyendo su discurso de recepción el 17 de enero del año siguiente. Y logró salir elegido diputado por París, conservando el escaño hasta su muerte. Barrès nunca ocultó su prevención hacia el sistema parlamentario y hacia los políticos profesionales. De ahí su afirmación de que no estaba seguro de la lealtad de los políticos parlamentarios, porque no podía confiarse en que «lo que hacen sea la expresión completa de su pensamiento»<sup>36</sup>. Especialmente resonante fue su intervención parlamentaria en contra del traslado de los restos mortales de Emilio Zola al Panteón de los Hombres Ilustres, porque era una inconveniencia hacer desfilar a las tropas francesas ante el féretro del escritor que, durante el affaire Dreyfus, les había ofendido. Poco después, defendió, en otra de sus intervenciones, a la Iglesia católica, con motivo de una nueva ley sobre bienes eclesiásticos. Barrès se interesó, sobre todo, por la conservación de los templos y los edificios religiosos, que no estaría asegurada por sus principales usuarios y, por lo tanto, cada vez dejaría más de desear. Lo que podría provocar la ruina de las iglesias. Y, en ese sentido, dijo: «No es solo una religión que se hunde, es una civilización, una forma de comprender a Francia»<sup>37</sup>.

A la muerte de Paul Déroulède, en julio de 1914, Barrès fue elegido por unanimidad presidente de la Liga de los Patriotas. Su primera declaración fue el deseo de unión de todas las fuerzas políticas francesas, frente a la cada vez más clara amenaza de Alemania. Ante el estallido de la Gran Guerra, su obsesión fue la recuperación de Alsacia y Lorena: «Revancha de Alsacia, revancha del Ejército»<sup>38</sup>.

A partir de entonces, Barrès se convirtió en el prototipo del «escritor patriota». Dedicó 269 artículos a la contienda en *L'Écho de París*<sup>39</sup>. La guerra, para Barrès, suponía la resurrección del espíritu nacional. Francia había sido, a su juicio, la primera nación europea que tuvo «la idea de que formaba una patria», pero, sobre todo desde 1870, se había sumido en la frivolidad<sup>40</sup>. Su mayor preocupación fue garantizar la «Unión Sagrada» entre los franceses. La guerra debía suponer la «unanidad profunda» en favor de la continuidad de Francia como nación; de ahí la necesidad de que las pugnas intestinas desaparecieran. Católicos, protestantes, judíos,

---

<sup>36</sup> Maurice Barrès, «Nationalisme, déterminisme», en *Scènes et doctrines du nationalisme* (1902). París, 1984, p. 10.

<sup>37</sup> Véase François Broche, *Maurice Barrès. Biographie*. París, 1987, pp. 411-413.

<sup>38</sup> Maurice Barrès, *L'Âme française et la guerre. L'Union Sacrée*. París, 1915, pp. 1-2, 2-3 y 39.

<sup>39</sup> Véase Pascal Ory-Jean François Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia, 2007, p. 88 ss.

<sup>40</sup> Maurice Barrès, *Los rasgos eternos de Francia*. Barcelona, 1917, pp. 6 y 8.

socialistas y tradicionalistas, es decir, las diversas familias espirituales de Francia, al luchar por la patria común, defendían, en el fondo, «su fe particular». Lo que no suponía «renegar de nuestras creencias»; tampoco «ningún olvido de lo que hacía vivir nuestras conciencias». A partir de la experiencia bélica, Barrès renunció a su anterior antisemitismo. El lorenés quedó conmovido ante el ejemplo del viejo rabino Abraham Bloch que ayudó a morir a un soldado católico<sup>41</sup>.

Tras la victoria de los aliados en 1918, Francia recuperó Alsacia-Lorena, lo que significó, para Barrès, según dijo a su amigo español Alberto Insúa, «la hora suprema de la revancha»<sup>42</sup>. En noviembre, tuvo oportunidad de visitar su Alsacia recuperada. Y en las elecciones de 1919, fue elegido diputado por la lista del Bloque Nacional. No cejó en su pasión antigermana. Celebró el Tratado de Versalles, cuyo contenido revanchista votó como diputado. De la misma forma, fue el adalid de la campaña en favor de una política internacional centrada en Renania, clave para la contención de Alemania y para la seguridad e influencia de Francia en Europa<sup>43</sup>.

## 2. Una visión de España

En una entusiasta semblanza de Barrès, Vicente Blasco Ibáñez, unido al escritor francés por una común militancia aliadófila, pero no en ideales políticos, señalaba que la pluma de Barrès era «en Francia una pluma española». Y, en una conversación, Barrès le dijo al valenciano: «De no ser francés hubiera querido ser español. Si algún día tengo que abandonar mi patria, iré a vivir a España»<sup>44</sup>. Lo cierto es que Barrès no hablaba bien el castellano. Según confesó a su amigo Alberto Insúa, conocía el idioma lo suficiente «para hacerse entender en los hoteles y que leía *pas mal*, pero con la ayuda del diccionario»<sup>45</sup>. Los estantes de su biblioteca, señalaba Blasco Ibáñez, estaban ocupados por «centenares de volúmenes españoles, desde los autores del Siglo de Oro hasta los modernos estudios de Menén-

<sup>41</sup> Maurice Barrès, *Les diverses familles spirituelles de la France* (1917). París, 1930, pp. 53, 73, 204-205.

<sup>42</sup> Alberto Insúa, *Amor, viajes y literatura. Memorias*. Tomo III. Madrid, 1959, p. 7.

<sup>43</sup> Maurice Barrès, *La politique Rhénana. Discours parlementaires*. París, 1922, pp. 6, 49 ss.

<sup>44</sup> Vicente Blasco Ibáñez, «Maurice Barrès», en *Al servicio de Alemania. Colette Baudouche*. Valencia, 1918, p. 24-25. Blasco reprochaba, por otra parte, a Barrès su militancia antidreyfusard y sus críticas a Zola (*Ibidem*, p. 5-6).

<sup>45</sup> Alberto Insúa, *Memorias*. Tomo II. Madrid, 1953, p. 157 ss.

dez Pelayo»<sup>46</sup>. Desde su juventud, había manifestado su admiración por los místicos españoles, por Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola<sup>47</sup>.

Su imagen de España era deudora, en el fondo, de la visión romántica creada por no pocos de sus compatriotas, a partir del siglo XIX. España representaba la antítesis de todo lo que Barrès despreciaba en su patria: el espíritu burgués, la moral abstracta y desarraigada. Próxima y lejana a un tiempo, su España imaginada se caracterizaba por su exotismo, por la contraposición entre misticismo y voluptuosidad, por los valores puramente vitales y elementales de la sangre y de la muerte. Y es que históricamente, España era fruto de la fusión entre Castilla y Andalucía o, lo que es lo mismo, de Oriente y Occidente. Lo que tenía como consecuencia sus rasgos acusadamente antimodernos y de rebeldía frente al proceso de modernización característico de otros países del entorno europeo: «Es un Africa que deja en el alma una especie de furor tan rápido como una guindilla en la boca»<sup>48</sup>. Los hombres del Norte se encontraban, por el contrario, hundidos en «la mediocridad del trabajo y de los contactos profesionales iluminados por pequeñas chispas»<sup>49</sup>. Barrès visitó España en cuatro ocasiones, en 1892, 1893, 1895 y 1902, fruto de los cuales son los textos donde ofreció su interpretación de la realidad española. La mayoría de ellos formaban parte del volumen más amplio *Du sang, de la volupté et de la mort*. En *Un amateur d'âmes*, contempla, por vez primera, el paisaje del Toledo y el río Tajo, que «están entre las cosas más apasionadas y más tristes del mundo». Toledo le producía entonces «una impresión de energía y pasión»; era «un lugar significativo para el alma», «una imagen de la exaltación en la soledad, un grito en el desierto». El protagonista del cuento, Delrío, cree que la estancia en España sería beneficiosa para su hermana enferma, Pía, ya que era «el país más desenfrenado del mundo». Con todo, España era un país vitalmente dual. El norte se caracterizaba por «la sequedad: aún así sabrosa, porque esta desecación está hecha de sensibilidad contraída». El centro representaba «la sensualidad», que arrastra «al sentido de la naturaleza». Delrío y su hermana contemplaban, en su viaje, el monasterio de El Escorial, «lugar de esteticismo, la realización en granito del estado de ánimo que la nación católica de la muerte le impuso al genio castellano», «cuartel de abstracción». Pero poco después se trasladan a Granada, cuyo encanto se encontraba en «los árboles más bellos del norte y las aguas más

---

<sup>46</sup> Blasco Ibáñez, *op. cit.*, pp. 24-25.

<sup>47</sup> Maurice Barrès, *El Culto del Yo. Un hombre libre*. Valencia, 1904, p. 39.

<sup>48</sup> Maurice Barrès, «En Espagne, Avril-mai 1892», *Du sang, du volupté et de la mort*, en *Romans et voyages*. París, 1994, pp. 414.

<sup>49</sup> *Ibidem*, pp. 413.

vivas bajo un sol africano». Mientras caminaban por el Generalife, se dedicaron a leer algunas piezas del teatro español del Siglo de Oro —Cervantes, Vélez de Guevara, Lope de Vega, Tirso de Molina—; todas ellas tenían la virtud de unir el catolicismo y la sensualidad. En la visita al Albaicín pudieron contemplar el elemental ímpetu de los gitanos, «mendigos semi-desnudos de todos los sexos», que encarnan «los desórdenes del deseo y las humillaciones que arrastran consigo ciertas partes confusas de nuestra sangre». Al regresar a Toledo, Pía muere, tras confesar al protagonista el incestuoso amor que siente por él. Prueba, en fin, de «una voluptuosidad más que ávida»<sup>50</sup>.

En otro de los cuentos, Toledo aparece como una especie de tónico de voluntad para la joven Berenice. El contacto con el paisaje de la ciudad del Tajo, la habría convertido en «un animalillo alegre, libre, duramente herido por las reglas»; hubiese amado «el Inconsciente», arrojándose «con urgencia a los brazos de hombres apasionados». En definitiva, Toledo hubiese sido, para Berenice, «una jaula conveniente en extremo»<sup>51</sup>.

No menos vitales y exóticas resultaban a sus ojos las ciudades de Córdoba y Sevilla, «mezcla de leyendas romanas y moras». Su visión de Sevilla era muy semejante a la de Merimée. No por casualidad, el primer lugar que visitó de la ciudad fue la célebre Fábrica de Tabacos, donde tuvo la ocasión de observar a «cerca de cinco mil mujeres, las famosas cigarreras sevillanas que, con un alboroto inaudito de cánticos y comadreos, enrollaban puros y cigarros con hojas de tabaco». La Fábrica se convertía, así, en «verdadero establo de amor». Igualmente significativa fue su visita al Hospital de la Caridad, seducido por la figura de Miguel de Mañara, supuesto inspirador de la figura de Don Juan. Barrès se detiene y extasía ante el cuadro de Valdés Leal *Finis Gloriae Mundi*, típica representación barroca acerca de la caducidad de la vida, que le provoca «un ávido placer en los horrores de la descomposición». El barrio sevillano de Triana le hizo disfrutar de «lo pintoresco de los gitanos, con sus borricos y la basura amontonada, y me retrasaba en las iglesias siempre frescas e inesperadas»; «mendigos que rezaban, obreros agotados que esperaban el tranvía, muchachas medio desnudas con sus bastardos, vendedoras de frutas; todo lleno de moscas y del hedor de la descomposición». Pero Sevilla, como ciudad española, tenía una tradición más específica: las corridas de toros, «la banalidad de España, como las góndolas lo son en Venecia».<sup>52</sup>

<sup>50</sup> Maurice Barrès, «Un amateur dames», en *op. cit.*, pp. 351-370.

<sup>51</sup> Maurice Barrès, «Excuses a Bérénice», en *op. cit.*, pp. 401-403.

<sup>52</sup> Maurice Barrès, «En Espagne. Avril-mai 1892», en *op. cit.*, pp. 401-414.

*El Greco o el secreto de Toledo* supone el culmen de la hispanofilia baresiana. A la hora de escribir la obra, Barrès contó con la inestimable ayuda de Francisco Navarro Ledesma —biógrafo de Cervantes y en 1893 director del Museo Provincial de la ciudad del Tajo— y de Aureliano de Beruete, pintor relacionado con la Institución Libre de Enseñanza, y muy influído por la visión de España y de su paisaje defendida por los krausistas. Ambos autores «tradujeron» Toledo al escritor francés<sup>53</sup>. Cuando Barrès visita Toledo y se interesa por la pintura de El Greco, tanto la ciudad como el pintor cretense se hallaban en alza entre los intelectuales españoles. Desde finales de siglo, el tema de las «ciudades muertas», típicamente decadentista, era principal objeto de interés de los escritores, como lo demuestra el éxito de la novela de Georges Rodenbach, *Brujas-la-Muerta*<sup>54</sup>. El propio Barrès había buscado en Venecia, como luego hizo en Toledo, la «ruina romántica», producto de una irreversible, pero, en el fondo, estéticamente gratificante decadencia<sup>55</sup>. Además, Toledo fue redescubierta por los representantes del espíritu noventayochista, como Pío Baroja, en su obra *Camino de perfección*; «Azorín», en *La voluntad*; y Blasco Ibáñez, en *La catedral*. Por otra parte, el Greco superó el olvido de que fue víctima, gracias a los esfuerzos del institucionista Manuel Bartolomé de Cossío y de Navarro Ledesma, o de pintores como el catalán Santiago Rusiñol<sup>56</sup>.

El libro de Barrès es inseparable de este contexto cultural. Escrita en 1913, *El Greco o el secreto de Toledo* fue publicada en España el año siguiente, con una traducción y un prólogo del escritor Alberto Insúa, a quien Barrès había prologado la edición francesa de su novela *Las flechas del amor*. Insúa fue el escritor español más relacionado con Barrès, a quien había conocido en París en el invierno de 1913. Le recibió en su despacho de diputado sito frente al Mercado Central, «en un caserón vetusto y algo sombrío, entre balzaciano y zolesco». «No era aquello *Le coeur* sino *Le ventre* de París». Insúa se había familiarizado con la obra de Barrès gracias a la influencia de Bernardo G. Candamo<sup>57</sup>.

---

<sup>53</sup> Véase Alberto Insúa, *Memorias*. Tomo II. Madrid, 1953, pp. 157-158.

<sup>54</sup> Véase Hans Hinterhäuser, «Ciudades muertas», en *Fin de siglo. Figuras y mitos*. Madrid, 1980, pp. 41ss.

<sup>55</sup> Maurice Barrès, *La mort de Venise*. París, 1921. *El Culto del Yo. Un hombre libre*. Valencia, 1904, pp. 161 ss.

<sup>56</sup> «Azorín», «El tricentenario del Greco», en *Clásicos y modernos*. Buenos Aires, 1971, pp. 105-106. «Azorín», «La luna de Toledo», en *Valencia y Madrid*. Madrid, 2005, pp. 232 ss. Gregorio Marañón, *El Toledo del Greco*. Madrid, 1956, pp. 7 ss.

<sup>57</sup> Alberto Insúa, «Barrès y la canción de España», prólogo a *El Greco o el secreto de Toledo*. Buenos Aires, 1948, pp. 10-11. Alberto Insúa, *Memorias*. Tomo I. Madrid, 1952, p. 472.

En la primera parte de la obra, Barrès narra su visita a la iglesia de Santo Tomé, «obra maestra de un sentimiento católico y árabe a la vez». Al contemplar *El entierro del Conde de Orgaz*, el escritor francés creía sentirse «delante de un alma fuerte y singular, de la que si es razonable sentir desconfianza, es más razonable escuchar atentamente los secretos». Toledo era «el alma de España», porque representaba el «soberbio diálogo entre la cultura cristiana y la árabe, que se atacan y se confunden luego». «Nitidez, inmovilidad», tales eran sus características esenciales. Lo que se reflejaba en su catedral, «la perfecta imagen de la nacionalidad española». Las calles eran, en cambio, un trasunto de su componente oriental y africano. Y es que, a pesar de la Inquisición y los esfuerzos católicos, la ciudad seguía ofreciendo y revelando «un alma oriental». De ahí que Theotocópuli y su arte reflejaran mejor que nadie el «secreto» toledano, porque a través de su ascendencia greco-bizantina podía conocerse la parte semítica existente en Toledo, que, unida al catolicismo, tenía como síntesis el misticismo<sup>58</sup>.

El prólogo de Alberto Insúa era una lúcida y exhaustiva introducción al conjunto de la obra de Barrès, al que presentaba al público español como un «profundo estilista». Destacaba, además, su influencia en algunos escritores españoles como Ortega y Gasset y «Azorín»; pero juzgaba «simplista» la tesis nacionalista defendida en la novela *Colette Baudoche*. A su entender, Barrès era un escritor que requería «una clave», «un aprendizaje», porque era un «hombre de secretos, de laberintos espirituales»<sup>59</sup>.

Así, Barrès se convirtió en el intérprete por antonomasia de Toledo y de la pintura de el Greco. En 1913, su amigo el pintor Ignacio Zuloaga, tan querido por algunos intelectuales noventayochistas, llevó a cabo su proyecto de hacer un retrato del escritor francés. En el lienzo aparecía Barrès con su libro sobre *El Greco* en la mano, ante un esplendoroso Toledo. Su amante Anna de Noailles y el novelista argentino Enrique Larreta solían asistir a las sesiones de pose, que fueron, al parecer, una docena. El retrato, que media dos metros cuarenta centímetros, dejó muy satisfecho al escritor<sup>60</sup>.

### 3. Barrès visto por los españoles

La figura y la obra de Barrès tenían, por fuerza, que suscitar el interés de un sector importante de la élite intelectual española. Su egotismo, su

<sup>58</sup> Maurice Barrès, *El Greco o el secreto de Toledo*. Madrid, 1914.

<sup>59</sup> Alberto Insúa, Prólogo a *El Greco o el secreto de Toledo*, de Maurice Barrès. Madrid, 1914, pp. 5-14.

<sup>60</sup> Véase François Broche, *Maurice Barrès. Biographie*. París, 1987, p. 449.

obsesión nacional, su esteticismo, coincidían, en gran medida, con algunos de los ingredientes de lo que se ha denominado «espíritu» del 98<sup>61</sup>. Sin embargo, la influencia barresiana en España fue más a nivel literario y estético que propiamente político, si excluimos el caso catalán. Y es que la situación francesa y española eran muy distintas. España carecía de un enemigo exterior como Alemania; y tampoco existía el problema judío. Además, las derechas españolas eran mayoritariamente católicas y monárquicas; mientras que Barrès era agnóstico y republicano. De ahí que a nivel político e ideológico la repercusión de Barrès fuera mucho menor que la de Maurras. No existía un espacio intelectual o político para una derecha de tipo barresiano. A ello se unió, la soledad del escritor lorenés, que no dejó una doctrina político acabada y sistemática; menos aún una escuela de pensamiento que continuara su obra.

El noventayochista español más interesado por Barrès fue José Martínez Ruíz, «Azorín». El anarquismo intelectual del lorenés guarda no pocas analogías con el del joven alicantino. Y lo mismo puede decirse de su ulterior evolución hacia el conservadurismo y el nacionalismo. Muy penetrado con la cultura francesa, «Azorín» se ocupó en más de una ocasión de la obra de Barrès, sobre todo en su etapa de militancia conservadora y de adhesión a Juan de la Cierva. En su significativo libro *Un discurso de La Cierva*, el alicantino propugnó un auténtico proyecto conservador en la línea del «tradicionalismo positivista» de Taine, Renan y Maurras; pero no olvidó a Barrès. Y es que el proyecto conservador debía abarcar tanto la estética como la política y la sociología. Y la estética conservadora debía reposar en el lema barresiano de la «tierra y los muertos», como base de la nación<sup>62</sup>.

Al mismo tiempo, el alicantino se ocupó de la trayectoria de Barrès, haciéndose eco de la polémica que había suscitado en la sociedad francesa la aparición de su obra *La colina inspirada*. Barrès representaba «ciertas aspiraciones de una burguesía no monárquica, pero sí tradicionalista y católica». Y la obra había sido acogida «con grandes muestras de admiración y simpatía»; pero tampoco habían faltado «elementos de extrema derecha que han mostrado ante la novela, si no franca hostilidad, por lo menos significativo recelo». Y es que, a su juicio, el Barrès de 1913 no difería del de 1892. Su tradicionalismo era «sentimental» y «determinista»; pero por debajo de ese conservadurismo, de su adoración por la disciplina y de su defensa del catolicismo, las huellas de Goethe y Stendhal «no han desapare-

---

<sup>61</sup> Véase Gonzalo Fernández de la Mora, *Ortega y el 98*. Madrid, 1979, pp. 81-96. Javier Varela, *La novela de España*. Madrid, 1999, pp. 170 ss.

<sup>62</sup> «Azorín», *Un discurso de La Cierva*. Madrid, 1914, pp. 87-88, 148-149.

cido aún en absoluto de la obra de Barrès»<sup>63</sup>. Con motivo de la publicación de un libro de Victor Giraud sobre el escritor francés, «Azorín» hizo una especie de balance de la producción barresiana. El Barrès nacionalista se había convertido en «un maravilloso ensoñador de modalidad germánica», cuyo encanto descansaba en su «vaguedad sentimental», su «tinte de melancolía, de afectividad y de pasión difusa, nebulosa». Por último, «Azorín» hizo referencia igualmente a la visión barresiana de España. De su obra *Du sang, de la volupté et de la mort* destacaba sus páginas dedicadas a Córdoba; y de su libro sobre Toledo decía que «hay de todo»<sup>64</sup>. Durante su estancia en París a lo largo de la Gran Guerra, «Azorín» no dió excesiva importancia a Barrès. El centro de su atención fue Maurras, a quien visitó en los locales de *L'Action française*. No sólo apenas mencionó a Barrès, sino que censuró su antigermanismo militante durante la contienda; y puso como ejemplo a las figuras de Taine y Renan, cuya obra era inseparable de la influencia germana<sup>65</sup>.

Como afirmó en una ocasión José Luis López Aranguren, Miguel de Unamuno veía España «como pudieron verla un Barrès, un Verhaeren, un Larreta o un Zuloaga»<sup>66</sup>. Resulta evidente que el desarrollo de obras como *En torno al casticismo* tienen no pocas analogías con el método barresiano. Pero el vasco nunca congenió con las ideas políticas del lores. Unamuno buscaba dar fundamento a una nueva idea de nación española, oponiendo al concepto de tradición el de «intrahistoria» como «sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos y piedras». En lo que Unamuno venía a coincidir con Barrès era en la vía propuesta para acceder a esa «intrahistoria», a través de una relectura vitalista de las tesis positivistas de Taine, según las cuales el pasado y el presente forman una sola y única realidad, dada la similitud de los condicionamientos geográficos y raciales que vienen conformando los más remotos orígenes hasta el momento actual. Pero en aquellos momentos, el pensador vasco se consideraba un regeneracionista liberal; y veía la «intrahistoria» como una vía mediante la cual los intelectuales europeístas entrarían en contacto con la realidad profunda española y a partir de él lograr la transformación de la sociedad<sup>67</sup>. En lo que Unamuno se mostró intransigente hacia Barrès y

<sup>63</sup> «Barrès o la autonomía espiritual», *ABC*, 14-XII-1913. «El espíritu de Barrès», *La Vanguardia*, 8-V-1913.

<sup>64</sup> «Lecturas francesas. Mauricio Barrès», *La Prensa*, Buenos Aires, 16-VII-1922.

<sup>65</sup> «Azorín», *Con bandera de Francia*. Madrid, 1950, p. 22.

<sup>66</sup> José Luis López Aranguren, «Catolicismo y protestantismo como formas de existencia», en *Obras*. Madrid, 1965, pp. 192-193.

<sup>67</sup> Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo* (1895). Madrid, 2002, pp. 78, 82 ss.

el conjunto del nacionalismo conservador francés fue ante su utilización del catolicismo como *instrumentum regni*. Lo que se hizo patente cuando leyó *Un discurso de La Cierva*, la obra de «Azorín». Frente al alicantino, Unamuno pensaba que había que exaltar «la Humanidad y los vivos» frente a «la tierra y los muertos»<sup>68</sup>.

Muy crítico con el nacionalismo barresiano se mostró, aunque por motivos distintos, Pío Baroja. A diferencia de la mayoría de los noventa-yochistas, el escritor vasco fue un ferviente germanófilo durante la Gran Guerra. A su entender, Alemania era el auténtico bastión del progreso y de la modernidad económica y tecnológica. Curiosamente, en su juventud, Baroja expresó un egotismo semejante al de Barrès. Su «culto del yo» era una afirmación de «nuestras ansias de poder, de amor, de orgullo»<sup>69</sup>. Baroja consideraba a Francia «una gran nación, quizás la primera nación del mundo; pero creemos también que no ha fecundado a España, que no la ha servido, que no la ha ayudado». La auténtica necesidad que experimentaba España era la de «crear una ideología nacional moderna, saltar por encima de las ideas francesas que no nos convienen»<sup>70</sup>. En contraste, Alemania podía convertirse en el ejemplo a seguir por los españoles. Y es que, a diferencia de lo defendido por los germanófilos españoles, como el tradicionalista Vázquez de Mella, Alemania significaba ciencia, industria, secularización, frente a todo lo cual la retórica de «Paul Bourget o de Barrès» no era más que «la eterna bazofia del drapeau, del honneur, de la patrie, de la bravure, etc, etc»<sup>71</sup>.

No existen en la obra de Ramiro de Maeztu demasiadas menciones a la obra y a la figura de Barrès. Sin embargo, como en el caso de «Azorín», existen no pocas analogías entre ambos. En sus comienzos, Maeztu fue, como Barrès, un anarquista intelectual, a la vez que nacionalista español. La juventud del vitoriano se caracterizó por su nietzscheanismo y su darwinismo radicales<sup>72</sup>. Su nacionalismo era distinto del barresiano; se caracterizaba por el dinamismo y afán modernizador, antitradicional centrado en factores de cohesión y desarrollo económico<sup>73</sup>. Sin embargo, llegó a tener una buena opinión del Barrès escritor; y no dudó en recomendar las lectura

---

<sup>68</sup> Miguel de Unamuno, «El Rousseau de Lemaître», en *Ensayos*. Tomo II. Madrid, 1964, pp. 1120 ss. «La Humanidad y los vivos», en *La Nación*, Buenos Aires, 4-I-1915.

<sup>69</sup> Pío Baroja, «El culto del yo», en *El tablado de Arlequín*. Madrid, 1982, p. 47.

<sup>70</sup> Pío Baroja, «Nuestra francofobia», en *Nuevo tablado de Arlequín*. Madrid, 1982, p. 149.

<sup>71</sup> Pío Baroja, «Cosas del mundo», en *Nuevo tablado de Arlequín*. Madrid, 1982, p. 184.

<sup>72</sup> Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. Madrid, 2003, pp. 47-58.

<sup>73</sup> Ramiro de Maeztu, *Hacia otra España*. Madrid, 1899.

de sus obras al poeta Ramón de Bastera, porque encarnaba «la palabra precisa y sorprendente»<sup>74</sup>. Durante su estancia en Gran Bretaña, consideró a Hilaire Belloc «el Maurice Barrès de Inglaterra, pero un Barrès tiene que diferenciarse —añadía— bastante del francés»; era un Barrès «más lírico y menos literario, más entusiasta y menos irónico»<sup>75</sup>. En su etapa conservadora, Maeztu fue comparado con el escritor francés por Ernesto Giménez Caballero, quien veía en el pensador vasco un «perfil barresiano», cuya muestra era su proyecto de articular un ideal nacional, antiindividualista y lejano al romanticismo noventayochista, y que estaba presente en su libro *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*<sup>76</sup>. Sin embargo, Maeztu apenas nombró a Barrès en los escritos de esa nueva etapa, que culmina con su asesinato en 1936. Sus interlocutores básicos fueron Sardinha, Spengler y Maurras. La excepción fue un párrafo en su *Defensa de la Hispanidad*, donde criticaba, como haría con Maurras y Cánovas, su nacionalismo omnicompreensivo<sup>77</sup>.

Mayor afinidad política e ideológica mostró hacia Barrès el escritor y periodista José María Salaverría, cuyo obra ha sido relacionado en alguna ocasión con la del lorenés. No en vano Ramón Gómez de la Serna concibió al escritor vasco como un «profesor de energía» que merecía ser comparado con Barrès y Maurras<sup>78</sup>. Como Barrès y los escritores noventayochistas, Salaverría pasó por una etapa dominada por el egotismo y el nihilismo a otra caracterizada por la afirmación del nacionalismo español<sup>79</sup>. En sus reflexiones político-intelectuales, Salaverría consideraba que la derecha española había perdido, desde la muerte de Cánovas, todo horizonte intelectual; lo que contrastaba con el éxito del conservadurismo en Francia entre las gentes de letras, como lo demostraba la influencia de Maurras, Péguy o Barrès<sup>80</sup>. Salaverría se sintió más influido por Maurras, pero la huella de Barrès está igualmente presente en su obra. Salaverría interpretaba el hecho nacional en un sentido muy próximo al lorenés, como la cristalización de una realidad política y vital definida por el espacio territorial y las tradicio-

<sup>74</sup> «Ramón de Bastera», *Diario de Navarra*, 3-II-1933.

<sup>75</sup> «Los fondos secretos», *La Correspondencia de España*, 25-II-1908. «La censura teatral», *Nuevo Mundo*, 8-II-1912.

<sup>76</sup> «El 98 pelao», *El Sol*, 19-XII-1925. Ernesto Giménez Caballero, *Carteles*. Madrid, 1927, pp. 125-127.

<sup>77</sup> Ramiro de Maeztu, «Defensa de la Hispanidad» (1934), en *Obra*. Madrid, 1974, p. 986.

<sup>78</sup> Véase Beatrice Petriz Ramos, *Introducción crítico-biográfica a José María Salaverría (1873-1940)*. Madrid, 1960, p. 14.

<sup>79</sup> Véase Francisco Caudet Roca, *Vida y obra de José María Salaverría*. Madrid, 1972, pp. 1-37.

<sup>80</sup> «Doctrina conservadora», *ABC*, 9-XII-1916.

nes vividas a lo largo de la historia<sup>81</sup>. De estirpe barresiana es igualmente su crítica a los intelectuales europeístas y cosmopolitas como *logiciens de l'absolu*. La crítica de Salaverría se centró en la llamada «generación del 98», representante, a su entender, de posturas antipatrióticas, antimilitaristas y derrotistas<sup>82</sup>. No obstante, a lo largo de la Gran Guerra, el escritor vasco fue un germanófilo radical. En sus crónicas como corresponsal de guerra presentaba a Francia como una nación frívola y mezquina; y exaltó las hazañas militares de los soldados alemanes<sup>83</sup>. Sin embargo, podemos percibir cierta influencia barresiana en una de sus últimas obras, *El instante dramático*, donde Salaverría se mostró muy hostil hacia la II República y su clase política, en la que vio «una mezcla de radicalismo francés del tipo dreyfusista envuelta en una especie de ensalada rusa»<sup>84</sup>.

Líder espiritual de la llamada «generación del 14», José Ortega y Gasset fue un hombre de formación francesa. Entre sus lecturas juveniles, estuvieron Renan, Taine, Gobineau, Chateaubriand y, por supuesto, Barrès. El lorenés tuvo una influencia nada desdeñable en la formación del madrileño. Su obra, dirá Ortega, «nos obliga a remover, en tanto le discutimos, las cenizas originales en el sacro altar grecolatino». Sin embargo, como admirador de la cultura alemana, censuró el «chauvinismo indelicado» que se desprendía de la tesis de su novela *Colette Baudoche*. De la misma forma manifestó su oposición al egotismo barresiano, «que no es ley, sino barbarie»<sup>85</sup>. Su desdén hacia el «culto del yo» venía de lejos. En una carta a su amigo Navarro Ledesma, Ortega calificaba a Barrès de «comerciante», por su defensa del «yoísmo», para él «un sistema de fabricación de monstruos chinos»<sup>86</sup>. Celebró, en cambio, la publicación de *El Greco o el secreto de Toledo*, donde Barrès, «árbitro de las elegancias continentales», había hecho ingresar a Theotocópuli en «la conciencia europea»<sup>87</sup>. Barrès representaba, era el símbolo del poder social que los intelectuales disfrutaban en Francia<sup>88</sup>. Con motivo de la muerte del escritor francés, Ortega y Gasset le

<sup>81</sup> José María Salaverría, *El muchacho español*. Madrid, 1918, p. 7.

<sup>82</sup> José María Salaverría, *La afirmación española*. Barcelona, 1917, p. 55.

<sup>83</sup> José María Salaverría, *Cuadros europeos*. Madrid, 1916, p. 205.

<sup>84</sup> José María Salaverría, *El instante dramático*. Madrid, 1934, p. 29.

<sup>85</sup> José Ortega y Gasset, «Renan», «Al margen del libro *Colette Baudoche*, de Maurice Barrès» (1909), en *Obras Completas*. Tomo II. Madrid, 2004, pp. 33, 53-57.

<sup>86</sup> Carta 4-VIII-1905. Inserta en José Ortega y Gasset, *Cartas de un joven español*. Madrid, 1991, pp. 639-640.

<sup>87</sup> «El Greco en Alemania», *La Prensa*, 28-XI-1911. José Ortega y Gasset, *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, 2004, p. 525.

<sup>88</sup> «El poder social», *El Sol*, 30-X-1927. José Ortega y Gasset, *Obras Completas*. Tomo IV. Madrid, 2004, p. 96.

dedicó, en uno de los primeros números de su flamante *Revista de Occidente*, una severa necrológica. No había duda de que con Barrès se consumía «la fauna maravillosa de los semidioses literarios que comienza con Chateaubriand». Su estilo era «un estilo sexual», cargado de «voluptuosidad»; había sido «el último feudal literario». Y confesaba que en su juventud fue «un delirante lector de Barrès»; pero ahora encontraba sus libros «deshabitados y como llenos de ausencia». En fin; lo peor de Barrès eran sus ideas: «El «culto del yo», «la tierra y los muertos» son lúcidos animales sobre los cuales ha caracoleado en sus campañas». Las tesis barresianas contra la educación kantiana defendidas en *Los desarraigados* eran meramente formales; carecían de contenido positivo. En su opinión, de Barrès sólo podía salvarse ya la «gracia verbal». «Diez años antes de morir, Barrès no significaba ya nada importante para las nuevas generaciones»<sup>89</sup>.

Otro miembro de la denominada «generación del 14» interesado por la obra y la figura de Barrès fue Manuel Azaña. A ese respecto, se ha hablado del «barresismo» del escritor y político alcalaíno<sup>90</sup>. A la muerte de Barrès, Azaña le dedicó un artículo en la revista *España*, en el que decía aborrecer al «Barrès sectario, agitador y proselitista, voluntariamente obcecado por la pasión nacional». La etapa nacionalista era, en su opinión, «la menos brillante», la que se «ha de apagar primero...y la menos noble». Fue «un gran artista». Su nacionalismo era «peculiar, de su invención», «romántico», obra de «un lírico», cuyo punto de vista era, a diferencia del sustentado por Charles Maurras, «puramente subjetivo»<sup>91</sup>. No era la primera vez que Azaña se ocupaba de Barrès. En 1919, había publicado sus *Estudios de política francesa contemporánea*, donde dedicó un capítulo al nacionalismo barresiano, cuya influencia en la sociedad española recaía, sobre todo, en el nacionalismo catalán, considerando que era «fácil hallar en las polémicas que estremecen al Principado teorías y fórmulas que son casi una traducción de las fórmulas y de las doctrinas barresistas»<sup>92</sup>.

Y no le faltaba razón al escritor alcalaíno. Sin embargo, Barrès no simpatizó excesivamente con el catalanismo. En marzo de 1895 fue invitado a la sesión inaugural de la constitución de la Asociación Popular Regionalista, pero no asistió. Su visita al Principado tuvo lugar un mes después; lo que fue bien recibido por algunos representantes del catalanismo, como Narci-

<sup>89</sup> «Maurice Barrès», *Revista de Occidente*, diciembre de 1923. José Ortega y Gasset, *Obras Completas*. Tomo V. Madrid, 2004, pp. 156-159.

<sup>90</sup> Véase Juan Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid, 1968, pp. 75-77.

<sup>91</sup> «Maurice Barrès y el nacionalismo determinista», *España*, 15-XII-1923. Manuel Azaña, *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, 1990, pp. 253-256.

<sup>92</sup> Manuel Azaña, «Estudios de política francesa contemporánea» (1919), en *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, 1990, p. 357.

so Verdaguer i Callís, que le dedicó un extenso editorial en *La Veu de Catalunya*<sup>93</sup>. No obstante, Barrès, según expresó a Henri Charriaud, biógrafo de Alfonso XIII, no veía en el catalanismo más que un movimiento «muy egoísta en su espíritu que propicia a las buenas voluntades de la joven España una anarquía irritante mucho más que una disciplina fecunda»<sup>94</sup>. Como en el caso francés, Barrès veía en su regionalismo federalista una posible solución al problema catalán<sup>95</sup>.

Fue esta última faceta la que más interesó a los catalanistas. *La Veu de Catalunya* publicó algunos artículos y conferencias de Barrès sobre temas centrados en el regionalismo<sup>96</sup>. La juventud catalanista celebró igualmente las tesis defendidas por Barrès en *Los desarraigados*. Y, además, los nacionalistas catalanes defendieron, al estallar el affaire Dreyfus, posturas abiertamente antisemitas y antidreyfusards<sup>97</sup>. El líder de la Lliga Regionalista, Francesc Cambó, consideró, por aquellas fechas, a Barrès como uno de «los maestros de mi juventud»<sup>98</sup>.

Y en no pocas ocasiones el nombre de Barrès apareció en los escritos de Eugenio D'Ors, maître-à-penser del movimiento Noucentista. D'Ors nunca conoció personalmente a Barrès, pero tuvo ocasión de verle, por vez primera, en el entierro del poeta Jean Morèas. Durante el sepelio, Barrès pronunció unas palabras; y le oyó una afirmación que nunca olvidaría: «El francés es radical-socialista»<sup>99</sup>. A pesar de que el escritor francés ejerció una cierta influencia en su pensamiento, D'Ors se refirió, con frecuencia, a su figura en un tono abiertamente peyorativo. En una carta a Ortega y Gasset, le calificó de «palúdico anarquista»<sup>100</sup>. La obra barresiana que suscitó su interés juvenil fue *El jardín de Berenice*, a la que mencionó en uno de los primeros artículos de su célebre *Glosari*, publicado en *La Veu de*

<sup>93</sup> Véase Joaquim Coll i Amargós, *Narcís Verdaguer i Callís i el catalanismo possibilista*. Abadia de Montserrat, 1998, p. 347.

<sup>94</sup> Henri Charriaud, *Alphonse XIII intime*. París, 1908, p. 163.

<sup>95</sup> Maurice Barrès, «Notes sur les idées fédéralistes», en *Scènes et doctrines du nationalisme* (1902). París, 1987, p. 351.

<sup>96</sup> Véase Coll i Amargós, *op. cit.*, pp. 348-350.

<sup>97</sup> Véase Joaquim Coll i Amargós, *El catalanisme conservador davant l'afere Dreyfus, 1894-1906*. Barcelona, 1994, pp. 51 ss.

<sup>98</sup> Francesc Cambó, *Meditacions. Dietari (1936-1940)*. Barcelona, 1982, p. 752. Véase también Jesús Pabón, *Cambó*. Tomo I. Barcelona, 1952, pp. 91, 127 ss. Enric Ucelay Da Cal, *El imperialismo catalán*. Barcelona, 2002, pp. 425 ss.

<sup>99</sup> «Entendimiento de Francia», en *Arriba*, 3-XII-1946. Eugenio D'Ors, *Ultimo Glosario. I. Helvecia y los lobos*. Granada, 1997, pp. 352-353. «Funerals de Morèas» (1910), en *Obra Catalana Completa. Glosari 1906-1910*. Barcelona, 1950, p. 1319.

<sup>100</sup> Carta de 17-III-1927. Inserta en Vicente Cacho Viu, *Revisión de Eugenio D'Ors*. Madrid-Barcelona, 1997, p. 355.

*Catalunya*<sup>101</sup>. Esta obra influyó directamente en su célebre libro *La Bien Plantada*, en la que, como Berenice, Teresa aparece como representación arquetípica de la tradición y de la «raza»<sup>102</sup>. Como crítico de arte, D'Ors no compartió la admiración de Barrès por El Greco. A su entender, el pintor cretense era una manifestación del Barroco; lo contrario del clasicismo que él predicaba como ideal artístico. Y es que sus cuadros poseían una serie de cualidades dinámicas que se oponían a la perfección del dibujo, característica de la idea orsiana de clasicismo. En ese sentido, hizo referencia a la «fatalidad de la deformación» de la obra del cretense, en la que se acusa una libertad de las formas como muestra «la ascética deformación» en las imágenes de los santos. Sus figuras alargadas lo hacían un «pintor maldito». D'Ors lo llama «poseído», porque rompe con un orden al que denomina «ritmo» y «razón». Cuando lo califica de «músico» se está refiriendo al triunfo de la pasión, con la exaltación de lo inconsciente reflejada «en los miembros torcidos, con los misteriosos celajes, en el color opulentamente podrido»<sup>103</sup>. Por ello, consideraba natural que Barrès se sintiera atraído por Theotocópuli, ya que era un admirador de Pascal. Y tanto El Greco como Pascal era «los dos primeros grandes barrocos». «Son los primeros a quienes el torrente de dinamismo rompe cualquier canal clásico»<sup>104</sup>. Por lo tanto, Barrès era, a su entender, un «romántico», representante de la anarquía intelectual<sup>105</sup>. Además, D'Ors no siguió a Barrès en sus campañas antigermánicas a lo largo de la Gran Guerra. Su postura ante el conflicto fue de neutralidad con la organización de un grupo de *Amigos de la Unión Moral de Europa*, que editó un manifiesto por él redactado, de cuyo contenido se hizo eco el escritor francés Romain Roland, que mantuvo una actitud hostil a la guerra y se había refugiado en Suiza<sup>106</sup>. Lo que mereció las críticas y los reproches de los nacionalistas franceses<sup>107</sup>.

En uno de sus viajes por la Francia de la postguerra el joven periodista conservador Josep Pla percibió un claro declive literario e intelectual de Barrès. Tras la Gran Guerra, Barrès era considerado ya como un escritor de

<sup>101</sup> «Sant Steve, protomartir», en *La Veu de Catalunya*, 16-XI-1907. Eugeni D'Ors, *Glosari 1906-1907*. Barcelona, 1996, p. 794.

<sup>102</sup> Eugenio D'Ors, *La Bien Plantada* (1912). Barcelona, 1982.

<sup>103</sup> Eugenio D'Ors, *Tres horas en el Museo del Prado*. Madrid, 1989, p. 33-41 ss.

<sup>104</sup> «El Greco y Pascal y Maurice Barrès», *ABC*, 20-VI-1924. Eugenio D'Ors, *Nuevo Glosario*. Tomo II. Madrid, 1947, p. 116.

<sup>105</sup> Eugenio D'Ors, «Marcial», en *El Valle de Josafat*. Madrid, 1961, pp. 45-46.

<sup>106</sup> Véase Enric Jardí, *Eugenio D'Ors*. Barcelona, 1968, pp. 156-157. Y Eugeni D'Ors, *Glosari 1915*. Barcelona, 1990, pp. 44-55.

<sup>107</sup> Marcel Robin, «Un artículo del Mercure», en *Iberian*\_ 5, 8-V-1915.

«cotización escasa y de un porvenir momentáneamente impreciso»<sup>108</sup>. Con todo, Pla consideraba a Barrès «un estilista extraordinario, elegantísimo», cuya doctrina nacionalista juzgaba «muy ligada a la realidad plausible»<sup>109</sup>.

El carlismo no dió excesiva importancia a la obra de Barrès. Juan Vázquez de Mella y Víctor Pradera lo ignoraron. Una excepción fue Salvador Minguijón, catedrático de Derecho en la Universidad de Zaragoza. Minguijón conocía la obra del francés y solía citarlo en alguna de sus obras; sobre todo, en sus referencias a la necesidad de articular una nueva doctrina política, siguiendo los moldes tradicionalistas. De la misma forma, alababa su regionalismo y su opción por «la libertad para el municipio, para la región». Y es que las instituciones liberales eran «instituciones sin raíces»<sup>110</sup>.

Víctima de una crisis cardíaca, Maurice Barrès murió en su casa de Neuilly-Sur-Seine el 5 de diciembre de 1923<sup>111</sup>. Los intelectuales españoles no le olvidaron. El 15 de junio de 1924, se le ofreció un homenaje en Toledo. La idea había sido de Gregorio Marañón; y de la comisión organizativa formaron parte Ortega y Gasset, «Azorín», Pérez de Ayala, Gómez de Baquero, Zuloaga, e Insúa. Según señalaría éste último posteriormente, hubo una «Semana Barrès» con gira a Toledo y un banquete en la embajada de Francia. A la ciudad del Tajo acudieron un centenar de escritores, pintores y críticos. «Azorín» pronunció en discurso en el acto de cambiar el nombre de la calle toledana de «Las Barcas» por el de «Mauricio Barrès». En el cigarral de Buena Vista, propiedad del conde de Romanones, se celebró un banquete al aire libre; y en el cigarral de Marañón se ofreció un refresco. Los excursionistas fueron luego a la Iglesia de Santo Tomás, donde Eugenio D'Ors hizo una exégesis de *El entierro del conde de Orgaz*; más tarde, se dirigieron a la Santa María La Blanca, al Museo y a la casa del Greco, acompañados por el marqués de la Vega Inclán, y a la Virgen del Valle. Dos franceses les acompañaron: el historiador Maurice Legendre y el hijo del homenajeado Philippe Barrès, «un joven muy delgado y muy alto, en cuyo semblante —dirá Insúa— se reflejaba una pura emoción». Marañón confió a Insúa el discurso en el banquete de la embajada francesa<sup>112</sup>.

<sup>108</sup> Josep Pla, *Notas sobre París*. Barcelona, 1990, pp. 124-125, 171, 295.

<sup>109</sup> Josep Pla, *El cuaderno gris*. Barcelona, 1994, p. 309.

<sup>110</sup> Salvador Minguijón, *La crisis del tradicionalismo*. Zaragoza, 1914, pp. 22-23, 57.

<sup>111</sup> Véase François Broche, *Maurice Barrès. Biographie*. París, 1987, pp. 531-532.

<sup>112</sup> Véase Alberto Insúa, «Barrès y la canción de España», prólogo a *El Greco o el secreto de Toledo*. Buenos Aires, 1948, pp. 16-19. Del mismo autor, *Amor, viajes y literatura. Memorias*. Tomo III. Madrid, 1953, pp. 479-480, 483. José Ferrandiz Lozano, *Azorín. La cara del intelectual. Entre el periodismo y la política*. Alicante, 2001, p. 164. «Azorín», «La memoria de Barrès y la belleza de Toledo», *La Prensa*, Buenos Aires, 6-VIII-1924. Gregorio Marañón, *El Greco y Toledo*. Madrid, 1960, pp. 22-24. Enric Jardí, *Eugenio D'Ors*. Barcelona, 1968, p. 236.

Tras ese homenaje el nombre de Maurice Barrès comenzó a sufrir un eclipse entre los intelectuales españoles. No se tradujeron sus obras; y su influencia en las ideas de las derechas españolas fue prácticamente nula. Una cierta excepción fue la del escritor Ernesto Giménez Caballero, uno de los primeros teóricos del fascismo español. En su obra *Genio de España* pueden percibirse algunos ecos barresianos en su definición del hecho nacional<sup>113</sup>. En la posguerra española, Barrès fue olvidado casi por completo. La revista *Ecclesia* consideraba *El Greco o el secreto de Toledo* una obra «inconveniente» y solo apta para «personas formadas». Señalaba los errores históricos en que, a su juicio, incurría el escritor francés; y le acusaba de ser «anarquista en sus años mozos»<sup>114</sup>. Años después, Gregorio Marañón volvió a alabar su contenido y estilo de la obra<sup>115</sup>. No obstante, las traducciones de Barrès han proliferado últimamente en España<sup>116</sup>; pero se le sigue valorando más como estilista que como pensador político.

---

<sup>113</sup> Ernesto Giménez Caballero, *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*. Madrid, 1932, pp. 56, 100-101. Véase Enrique Selva Roca de Togores, *Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*. Valencia, 1999, pp. 139 213-214.

<sup>114</sup> «Semana Literaria», en *Ecclesia* n.º 167, 23-IX-1944, p. 23.

<sup>115</sup> Gregorio Marañón, *El Greco y Toledo*. Madrid, 1960, pp. 24-25 ss.

<sup>116</sup> En 1957, se tradujo al español *La colina inspirada*. Pero hubo que esperar hasta 1988 para la reaparición en nuestra lengua de *Un hombre libre*, ya traducida en 1904. En 1996 se tradujo por vez primera *Los desarraigados*. En 2005, *Paisajes de amor y de muerte*. Y en 2007, una nueva edición de *El Greco o el secreto de Toledo*.